

EL ATENEO DE LA JUVENTUD

1. Los maestros de los ateneístas

Al finalizar el siglo XIX sólo la filosofía positivista gozaba de una situación académica legal en las instituciones oficiales del país. El positivismo, en las versiones de Comte, Mill y Spencer, imperaba en la Escuela Nacional Preparatoria y en las demás escuelas profesionales dependientes del Estado, y se erguía como una hegemonía en la vida intelectual del país. Fuera de esta filosofía, aseguraban sus partidarios, no era posible encontrar la verdad.

Pero en los comienzos de nuestro siglo, empieza a destacar en el ambiente cultural del país un grupo de jóvenes que se rebela contra la opresión filosófica ejercida por el positivismo y se da a leer y meditar, en pequeños cenáculos, justamente aquellos autores que la filosofía oficial tenía asfixiados y proscritos de las aulas. Y no sólo lee y medita, sino que expone en públicas conferencias su disenso con la filosofía oficial y su simpatía a esos autores y a esas doctrinas proscritas.

La aparición de este grupo de jóvenes, de estos cenáculos y de esta actividad de conferencias es todo un acontecimiento en la vida intelectual de México. Significa que una minoría selecta, ávida de salud intelectual y espiritual, se separa de la gran masa estudiantil educada en el positivismo para respirar una cultura más amplia. Esos pequeños cenáculos, creados por ese grupo de jóvenes, son como respiradores para meditar en el oxígeno que escaseaba en las instituciones dominadas por el positivismo. Son centros con virtudes respiratorias, que brindan a esa minoría de jóvenes la pureza del aire de las cimas, del aire de las cumbres que aumenta la fuerza vital, como que era el aire de los grandes clásicos del pensamiento y de nuestras tradiciones hispanoamericanas y vernáculas. Y esa actividad de conferencias era, además de una manifestación de la vitalidad de ese grupo, una forma de propagar en el país el amor a las ideas nuevas y nobles.

Empero ese grupo de jóvenes, esos pequeños cenáculos y esa actividad de conferencias no surgieron en la vida intelectual del país por arte de magia: fueron el resultado, por una parte, de la docencia antipositivista de algunos maestros eminentes del porfiriato; y, por otra parte, de la lectura y comentarios que ese grupo hacía por cuenta propia de los libros nuevos que llegaban de Europa.

Los propios ateneístas confiesan en sus escritos quiénes eran esos maestros. Antonio Caso cuenta que de la cátedra de retórica de don José María Vigil su generación recibía como antídoto al positivismo la evocación de los poetas latinos “que sabía traducir, preciosamente”, así como los “elementos de la estética krausista, cuyo sistema conocía con perfección”.¹ Que don Ezequiel A. Chávez, “no obstante que meditaba dentro del marco del empirismo”, los hacía pasar a través de sus lecciones de psicología, de Comte a Spencer. Para él “Comte no era ya un fetiche”. Inclínabase en su preferencia hacia el “pensamiento psicológico de Spencer”.² Que don Justo Sierra en su cátedra de historia los llevaba del escepticismo de la ciencia positivista al terreno de lo que “es la cultura. Sus bienes y valores; sus vicisitudes, sus triunfos y sus héroes”. Y que los propios campeones del positivismo aplaudían sus esfuerzos de juventud, y los alentaban con su ejemplo.

¹ Antonio Caso, México. *Apuntamientos de cultura patria*, p. 89.

² *Ibid.*, p. 90

Don Porfirio Parra presidió, con nobleza, mis conferencias de la Preparatoria sobre la evolución del positivismo, y aplaudió con entusiasmo el primer curso libre de Metafísica que dicté en la extinta Facultad de Altos Estudios. Don Pablo Macedo, uno de los próceres más relevantes y cultos del porfirismo, costeó la edición de la serie inaugural de conferencias que dio el Ateneo de la Juventud, fundado en el centenario de México por Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y yo mismo, que tuve a honra ser su primer presidente.³

Alfonso Reyes refiere que Justo Sierra hizo sospechar a su generación de que había sido educada en una impostura.

A veces, abríamos la *Historia* de Justo Sierra y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugerencias audaces, audacísimos para aquellos tiempos, y más en la pluma de un ministro. El positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos (p. 33) [...] Por si su pluma no bastara para su gloria, es Justo Sierra, en la administración porfiriana, la inteligencia más noble y la voluntad más pura. A la distancia de las jerarquías y los años, se sintió amigo de los jóvenes, nos vio nacer a la vida espiritual, nos saludó con públicas manifestaciones de confianza y de simpatía, comprendió nuestras rebeldías y acaso las bendijo⁴ (pp. 23-25).

El mismo Alfonso Reyes reconoce la influencia de Enrique González Martínez y de Luis Urbina, a quienes llama los hermanos mayores de los ateneístas.

Tuvimos dos hermanos mayores: Enrique González Martínez, tránsito entre la generación pasada y la venidera, que tenía de la pasada, de los Modernistas o “decadentes”, los secretos técnicos; de los jóvenes, la seriedad artística; y de suyo, aquella manera de castidad espiritual que hace de él un alto poeta. Y el otro hermano mayor fue Luis Urbina que, en su rara penetración, nos adivinó, vino hacia nosotros y se mezcló en nuestras filas, nos enseñó a tutearnos con él, reconoció que podía adquirir algo en nuestra frecuentación, y no tuvo empacho en abrir de nuevo los libros para estudiar, modesto y sencillo, en nuestra compañía.⁵

José Vasconcelos declara que a Justo Sierra:

debe aquella generación la conciencia definitiva de su propio momento [...] A los entusiasmos comtistas opuso la fina ironía y la elevación de su pensamiento. Al público ilustrado siempre repitió en sus memorables discursos que la ciencia está muy lejos de ser lo indiscutible, pues sus mismos principios son materia constante de debate, y aun suponiéndola fija y perfecta, ella no es otra cosa que la disciplina y el conocimiento de lo relativo y nada dice, ni pretende decir, sobre los objetos en sí mismos. Los sistemas y las hipótesis científicas, como las filosóficas, declara, son organismos vivos, que, *como todo lo que vive, cambia y necesita la refacción perenne de la muerte.*

Este hombre extraordinario, que del romanticismo jacobino y todavía más lejos, de la fe tradicional pudo pasar a la comprensión clara de todos los problemas de la ciencia y reformar su mentalidad entera conforme a estas nuevas convicciones; que dedicó toda su energía al magisterio y después a la educación general como ministro de Estado y organizador de la cultura moderna en México, tuvo todavía flexibilidad de espíritu bastante para adivinar los nuevos

³ Antonio Caso, *Ramos y yo. Un ensayo de valoración personal*, México, Editorial Cultura, 1927, pp. 10-11.

⁴ Alfonso Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

⁵ *Ibid.*, 46-47.

derroteros del pensamiento. En su discurso inaugural de la nueva Universidad, pronunciado en el año del Centenario de la independencia mexicana, reconoce y acoge el nuevo idealismo francés, y también la nueva crítica, la crítica de la ciencia emprendida por los mismos sabios, por los autores de esa ciencia con el propósito de asignar al empirismo su justo lugar entre los recursos admirables del ingenio humano, pero después de calificarlo tan categóricamente como todo lo que procede de la unión miserable y misteriosa de un hombre y una mujer.⁶

Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez, Porfirio Parra, José María Vigil, Pablo Macedo, Enrique González Martínez y Luis Urbina son los maestros del porfirismo que alentaban con su docencia, sus discursos y sus escritos la selección de aquel grupo de jóvenes que había de separarse de la gran masa estudiantil educada en el positivismo para formar el Ateneo.

2. Qué leían y comentaban los ateneístas

Los autores y libros que leía y meditaba este grupo de jóvenes en sus pequeños cenáculos, y que al lado de la docencia de los maestros mencionados influyeron para que se fuera apartando del positivismo, han sido confesados también por ellos. José Vasconcelos reconoce que las lecturas que influyeron en su grupo fueron la de Schopenhauer, Kant, Boutroux, Eucken, Bergson, Poincaré, William James, Wundt, Nietzsche, Schiller, Lessing, Winkelmann, Taine, Ruskin, Wilde, Menéndez Pelayo, Croce y Hegel:

En los corredores de la misma Preparatoria, gracias al don de la libertad que nos legaron los reformistas, actuaban otras influencias: allí se discutía a Schopenhauer y de sus ironías y sentencias téticas se pasaba muy pronto a los estudios de metafísica renovados por él en sus comentarios sobre Kant. Volvimos a meditar el problema del conocimiento, dentro del cual, la ciencia, o lo que es lo mismo, la percepción, es uno de los factores. Paulatinamente vuelve a ganar terreno la Metafísica; la *Crítica de la razón pura* se hizo el libro del día, y poco a poco aumentaron los lectores de Eucken y Boutroux, de Bergson, Poincaré, William James y Wundt.

Otro rebelde, Nietzsche, nos aturdió las orejas de filisteos científicos con las voces elocuentes que al través de los siglos extrae del alma griega en su *Origen de la tragedia*; y en su *Zarathustra* nos planteó el problema estético importantísimo y todavía virgen de la significación de la música; nos hizo volver a reír.

En el campo de la estética se dejaron sentir la mayor parte de los autores modernos:

Naturalmente que el spencerianismo expuso su teoría del juego como base del fenómeno estético, pero ella no pasó de ciertas cátedras, y fuera el pensamiento se nutría con la doctrina original de Schiller y las de Lessing, Winkelmann, etcétera.

Durante el periodo materialista nos domina la crítica inteligentísima de Taine; después, Ruskin ocupa toda la atención y el Oscar Wilde de las *Intentions* y el *De Profundis*, por último Walter Pater es tan solicitado que aparece de él una traducción mexicana. Como obras didácticas consultadas en la época, deben citarse las historias de Menéndez Pelayo y de Benedetto Croce,

⁶ José Vasconcelos. "El movimiento intelectual contemporáneo de México". Conferencia leída en la Universidad de San Marcos de Lima, Perú, el día 26 de julio de 1916. Tomada del periódico *Baja California*, Lima, julio, 1916.

también la de Hegel, aun cuando este filósofo nunca alcanzó entre nosotros la aceptación general acordada a su rival Schopenhauer.⁷

Pedro Henríquez Ureña nos ha dejado también testimonio de las influencias filosóficas, literarias y artísticas que provocaron el divorcio de sus compañeros de la doctrina positivista.⁸ Confiesa que Platón, Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, Boutroux, James y Croce, fueron los autores más leídos por ellos:

Pero en el grupo a que yo pertenecía, el grupo que me afilié a poco de llegar de mi país a México pensábamos de otro modo. Éramos muy jóvenes (había quienes no alcanzaron todavía los veinte años) cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio. Entre muchos otros, nuestro grupo comprendía a Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Acevedo el arquitecto, Rivera el pintor. Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva, para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte pompier; nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en aptitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.⁹

3. Los pequeños cenáculos

El proceso de separación del positivismo, que bajo el influjo de esos maestros y de esas lecturas se va operando en el grupo de jóvenes, lo vemos manifestarse a través de la fundación de pequeños cenáculos en donde se leen y comentan los autores y libros que el positivismo tenía proscritos.

El taller del arquitecto Jesús T. Acevedo fue uno de esos cenáculos. Por las noches el grupo se reunía a leer a Schopenhauer, a Nietzsche, a James y, sobre todo, a Platón:

Una vez nos citamos para releer en común *El banquete* de Platón. Éramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien le seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibiades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea [...] La lectura acaso duró tres horas; nunca

⁷ *Idem.*

⁸ Pedro Henríquez Ureña, "La Revolución y la cultura en México", *Revista de Filosofía* (Cultura-Ciencias-Educación). Publicación bimestral dirigida por José Ingenieros y Aníbal Ponce, año XI, num. 1, Buenos Aires, Argentina, enero, 1925.

⁹ *Idem.*

hubo mayor olvido del mundo de la calle, por más que esto ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad.¹⁰

La biblioteca de Antonio Caso fue otro de esos cenáculos. El mismo grupo solía reunirse allí a leer y comentar a Kant, a Boutroux y a Bergson:

En nuestra casa y compañía leíamos y comentábamos a Kant en el texto de Perojo [...] Esas lecturas fueron para nosotros de incalculable significación y trascendencia. Henríquez Ureña poseía la versión inglesa de Max Müller, y solía agregar importantes notas eruditas a nuestras lecturas comentadas de los capítulos de la Estética y Analítica trascendentales [...] La revelación de Kant produjo su efecto indudable: la liberación perenne de todo empirismo.¹¹

La casa de Alfonso Reyes se convirtió también en cenáculo. Los mismos jóvenes solían reunirse en ella movidos por la inquietud filosófica de leer y comentar autores y libros proscritos por el positivismo oficial:

En la casa de Alfonso Reyes, circundados de libros y estampas célebres, dispartábamos sobre todos los temas del mundo. Preocupados, sin embargo, de poner en orden nuestro divagar y buscando bases distintas de las comtianas, emprendimos la lectura comentada de Kant. No logramos pasar de la *Crítica de la razón*, pero leímos ésta, párrafo a párrafo, deteniéndonos a veces en un renglón. Luego, como descanso y recreo de la tarea formal leíamos colectivamente *El banquete* o el *Fedro*. Llevé yo por primera vez a estas sesiones un doble volumen de diálogos de Yajnavalki, y sermones de Buda en la edición inglesa de Max Müller, por entonces reciente. El poderoso misticismo oriental, nos abría senderos más altos que la ruin especulación científica. El espíritu se ensanchaba en aquella tradición ajena a la nuestra y más vasta que todo el contenido griego. *El Discurso del método* cartesiano, las obras de Zeller sobre filosofía griega, Windelband, Weber, Fouillée en la moderna, con mucho Schopenhauer y Nietzsche por mi parte y bastante Hegel por la de Caso, tales eran los asuntos de nuestro bisemanal departir.¹²

4. La Sociedad de Conferencias

Uno de estos jóvenes, el arquitecto Jesús T. Acevedo, concibe en 1907 la idea de crear una Sociedad de Conferencias, agrupando en ella no sólo a sus compañeros que se daban cita en aquellos cenáculos, sino a los literatos, poetas, músicos y pintores que habían logrado destacarse en aquellos años. El principal propósito de esta asociación, como se deduce del nombre, había de consistir en organizar conferencias públicas para propagar el amor a las ideas nobles y bellas.

Sin apoyo oficial ni protección alguna, la Sociedad de Conferencias organizó su primera serie en el amplio y elegante salón del Casino de Santa María. Las conferencias se efectuaron los miércoles por la noche y, además de la conferencia, siempre se ejecutó un número de música selecta y otro de poesía original, encomendados a músicos y poetas

¹⁰ Pedro Henríquez Ureña, "La cultura de las humanidades". Discurso pronunciado en la inauguración de los cursos de 1914 en la Escuela Nacional de Altos Estudios. *Revista de Ciencias Sociales*, t. I, núm. 4. noviembre de 1930.

¹¹ Antonio Caso, "Kant en Argentina y en México", *El Universal*, viernes 17 de febrero de 1939.

¹² José Vasconcelos, *Ulises Criollo*, México, Ediciones Botas, 1935, pp. 311-312.

jóvenes. Por lo que aquellos actos culturales tuvieron siempre el carácter de conferencias-conciertos.

Alfonso Cravioto sustentó la primera (miércoles 29 de mayo). Disertó sobre “La obra pictórica de Carrière”, ilustrándola con magníficas fotografías parisienses que había traído de su reciente viaje por Europa.

Antonio Caso sustentó la segunda (miércoles 12 de junio). Disertó sobre “La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno”.

Pedro Henríquez Ureña sustentó la tercera (miércoles 26 de junio). Versó sobre Gabriel y Galán. “Un clásico del siglo XX”.

Rubén Valenti sustentó la cuarta (miércoles 10 de julio). Disertó sobre “La evolución de la crítica literaria”.

Jesús T. Acevedo sustentó la quinta (miércoles 24 de julio). Disertó sobre “El porvenir de nuestra arquitectura”.

Ricardo Gómez Robelo cerró el ciclo (miércoles 7 de agosto). Su conferencia versó sobre la “Obra de Edgar Poe”.

En cada una de las seis conferencias se deleitó al público con la ejecución de música de Chopin, Beethoven, Bach, etcétera, y con la declamación de poemas originales de Nemesio García Naranjo, Manuel de la Parra, Luis Castillo Ledón, Roberto Argüelles Bringas, Abel C. Solazar, Eduardo Colín y Alfonso Reyes, todos miembros de la Sociedad de Conferencias.

El éxito alcanzado por esta primera serie llevó a la Sociedad de Conferencias a organizar una segunda. El 14 de marzo de 1908, el presidente de la Sociedad, Jesús T. Acevedo, hizo circular una invitación para las conferencias-conciertos que se celebrarían en el Teatro del Conservatorio Nacional a las 8:30 de acuerdo con el programa siguiente: Antonio Caso: “Max Stirner y el individualismo exclusivo” (miércoles 18 de marzo); Max Henríquez Ureña: “La influencia de Chopin en la música moderna” (martes 24 de marzo); Jenaro Fernández Mac Grégor: “Gabriel D'Annunzio” (miércoles 1 de abril); Isidro Fabela:

“José María de Pereda” (miércoles 8 de abril), y Rubén Valenti: “Arte, ciencia y filosofía” (miércoles 22 de abril).

Como en la primera serie, cada velada estuvo amenizada con números musicales ejecutados antes y después de la disertación del conferencista. Chopin y Rubinstein fueron interpretados por la señorita Alba Herrera y Ogazón y por los señores Roberto Ursúa, Aurelio M. López, Manuel Tinoco y Carlos del Castillo, todos miembros del Conservatorio Nacional. Sólo los números poéticos, que en la primera serie cerraban las veladas, fueron suprimidos en esta segunda.¹³

5. Fundación del Ateneo de la Juventud

Ya en vísperas de celebrarse el primer centenario de nuestra Independencia nacional, este grupo de jóvenes, inquieto por doctrinas ajenas al positivismo, había madurado un estilo propio de pensamiento. Para dar cuerpo real a este pensamiento funda el 28 de octubre de 1909 el Ateneo de la Juventud. Antonio Caso —escribe Vasconcelos— inició esta agrupación “con las conferencias y discusiones de temas filosóficos, en el Salón del Generalito, de la

¹³ Cf., periódicos de la época.

Preparatoria". Más tarde, con la llenada del dominicano Pedro Henríquez Ureña, "espíritu formalista y académico", tomó "cuerpo de Ateneo".¹⁴

Este Ateneo de la Juventud, cuyo proceso de gestación hemos perseguido a través de esos cenáculos, representa un recodo en la historia de las ideas en México. No tiene los perfiles de las instituciones del coloniaje, ni las características de las agrupaciones del porfiriato. Es el primer centro libre de cultura que nace entre el ocaso de la dictadura porfirista y el amanecer de la revolución del 20 de noviembre. Tiene, por tanto, fisonomía propia: es el asilo de una nueva era de pensamiento en México.

Ante los ojos de sus propios fundadores, el Ateneo de la Juventud aparece como un acontecimiento verdaderamente nuevo en la cultura del país. Lo forma una generación que se define a sí misma con perfiles propios. Vasconcelos es el primero en presentar a los ateneístas como una generación nueva. Declara que el Ateneo fue organizado para "dar forma social a una nueva era de pensamiento". Sus organizadores se propusieron crear una institución para "el cultivo del saber nuevo que habían encontrado" y para el cual no hallaban asilo ni en las agrupaciones que discutían el "rancio saber escolástico del catolicismo", ni en las que se recordaba la "ideología superficial de la época de la Reforma", ni en las "positivistas dominadas al amparo del despotismo oficial". En consecuencia, "tuvimos que reunimos solos, y como rompiendo un lazo demasiado opresor, cortamos nuestras relaciones con lo que empezamos a mirar como el pasado, y comenzamos a procurar beber en las fuentes abundantes del saber de los pueblos completos".¹⁵

El mismo Vasconcelos insiste en este carácter nuevo de la generación del Ateneo. En medio de las desolaciones y de las inquietudes:

Florece una generación que tiene derecho a llamarse nueva, no sólo por sus años, sino más legítimamente porque está inspirada en estética distinta de la de sus antecesores inmediatos, en credo ideal que la crítica a su tiempo calificará con acierto, pero que no es ni romántico ni modernista ni mucho menos positivista o realista, sino una manera de misticismo fundado en la belleza, una tendencia a buscar claridades inefables y significaciones eternas. No es fe platónica en la inmortalidad de las ideas, sino algo muy distinto, noción de la afinidad y el ritmo de una eterna y divina sustancia.¹⁶

6. Los ateneístas pintados por Vasconcelos

¿Quiénes formaron el Ateneo de la Juventud? De nuevo es Vasconcelos el que nos ofrece la lista más completa de los ateneístas, a la vez que nos define con precisión los rasgos característicos de su personalidad intelectual y artística.

Encabeza la lista Alfonso Reyes, a quien llamaban Euforión:

Porque como el hijo de Fausto y la Belleza clásica, era apto y enérgico en todo noble ejercicio del alma. Su adivinación de nuevos senderos en la estética, su intensa labor literaria, su

¹⁴ José Vasconcelos, *Ulises Criollo*, p. 266.

¹⁵ José Vasconcelos, "La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país", *Revista de Revistas*, junio 25, 1911. Discurso pronunciado el 17 de junio de 1911 en el banquete ofrecido en honor de los ateneístas revolucionarios.

¹⁶ *Idem*.

dedicación exclusiva al ideal, podréis apreciarla en libros, opiniones y artículos. [...] Le sigue Antonio Caso, constructor de rumbos mentales y un libertador de los espíritus: gusta de enseñar y fortalecer las convicciones y de acoger con calor todos los credos, tan sólo por el placer de destruirlos con crítica luminosa y facilísima. A su contacto, la bruma de las almas se disipa y disuelve en claridad, como el cielo después de los relámpagos. Su doctrina es la del jardinero que da a sus flores humus fecundo, agua y luz, y goza en seguida mirándolas lucir en profusa variedad.

Menciona a continuación a Pedro Henríquez Ureña, quien “pone en su prosa la luz y el ritmo que norman su espíritu. De nombre conocido en toda la América hispana, lo reclamamos como nuestro, aunque él se obstina en seguir fiel a su minúsculo y querido Santo Domingo. En México dejó discípulos y amigos, también enemigos, y la durable huella de su alma pura de santo escéptico”. Se suceden luego en la lista los nombres de Julio Torri, “humorista hondo y un extraño vidente”; Enrique González Martínez, “filósofo que sabe concordar la idea con la música y el metro”; Rafael López, de poesía “fastuosa y pulcra, como el arte de los orfebres aztecas, que es moro y también tenoch”; Roberto Argüelles Bringas, que “hipnotiza con sus poderosas visiones”; Eduardo Colín, “austero y noble, busca la exuberancia sin rebasar la porción”; Joaquín Méndez Rivas, que “ensaya metros para sus inspiraciones laminosas”; Medíz Bolio, que “cultiva musa elocuente y bravia”; Rafael Cabrera, “sentimental”; Alfonso Cravioto, un “preciosista escultor de prosa”; Jesús Acevedo, con “más talento que el que puede ponerse en libros” y que escribe “cosas que algún día sonarán a maravilla”; Martín Luis Guzmán, “espíritu claro y vigoroso que pronto habrá de definirse con inconfundible relieve” y que divide su “actividad entre el ensayo político y la crítica de los pintores”; Diego Rivera, que ha dejado de pintar a la “manera clásica en la que ya era maestro, por amor de modernos sentidos esotéricos de la figura y el volumen”; Roberto Montenegro, que “desarrolla en sus cuadros la incitación de la lujuria femenina, en medio de misterios y sombras que apaciguan la sensualidad”; Ramos Martínez, que “pinta mujeres delicadas y profundas como el mirar de las criollas”; Manuel Ponce, que compone una música que “tiende a formar una escuela mexicana”; Julián Carrillo, que se prepara “a continuar la obra educadora del insigne maestro Meneses”; Carlos González Peña, que en la “novela reina solo, entre los jóvenes”; Isidro Fabela, sentido cuentista “narrador de costumbres y amores campestres”; Manuel de la Parra, un “poeta sin gloria, incoherente y sublime”; Mariano Silva y Aceves el latinista, “que por culto a la perfección a penas osa escribir”, y Federico Mariscal, “devoto de los prodigios arquitectónicos de la colonia, los cuales cataloga y estudia en libros admirables”.¹⁷

7. Homogeneidad de los ateneístas

Una serie de cualidades comunes, de características homogéneas definen el perfil propio del grupo de jóvenes que formaron el Ateneo. Estas cualidades han sido señaladas por ellos mismos.

Martín Luis Guzmán, al comentar El suicida de Alfonso Reyes, escribe que el grupo del Ateneo caracterízase por una:

¹⁷ José Vasconcelos, *El movimiento intelectual contemporáneo de México*.

cualidad de valor inicial indiscutible, si bien de mérito muy diverso y abierto a todas las apreciaciones en cuanto a la realización personal: la *seriedad*. La seriedad en el trabajo y en la obra; la creencia de que las cosas deben saberse bien y aprenderse de primera mano, hasta donde sea posible; la convicción de que así la actividad de pensar como la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa, por lo común laboriosa, difícil de adquirir y dominar, absorbente, y sin la cual ningún producto de la inteligencia es duradero; el convencimiento de que ni la filosofía, ni el arte, ni las letras son mero pasatiempo o noble escapatoria contra los aspectos diarios de la vida, sino una profesión como cualquiera otra, a la que es ley entregarse del todo, si hemos de trabajar en ella decentemente, o no entregarse en lo mínimo.¹⁸

*Pedro Henríquez Ureña, en Horas de estudio, dice: caracterizaba a todos los miembros del Ateneo un vivo espíritu filosófico, fácil de comprobar en la producción intelectual de cada uno de ellos; cualidad que define en estos términos: “Espíritu capaz de abarcar con visión personal e intensa los conceptos del mundo, de la vida y de la sociedad, y de analizar con fina percepción de detalles los curiosos paralelismos de la evolución histórica, y las variadas evoluciones que en el arte determina el inasible elemento individual”.*¹⁹

Alfonso Reyes, en Pasado inmediato y otros ensayos, señala como característica del grupo de ateneístas su afición a Grecia, su admiración por lo helénico:

La afición a Grecia era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces, cuando en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura de *El banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanista del grupo.²⁰

La preocupación por lo mexicano y lo hispanoamericano aparece como otra característica del grupo ateneísta. De ella nos habla la serie de conferencias que para celebrar el primer centenario de la independencia de México, organizó el Ateneo en la Escuela Nacional de Jurisprudencia durante los meses de agosto y septiembre de 1910. Estas conferencias fueron las de Antonio Caso sobre “La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos” (8 de agosto); la de Alfonso Reyes sobre “Los poemas rústicos de Manuel José Othón” (15 de agosto); la de Pedro Henríquez Ureña sobre “La obra de José Enrique Rodó” (22 de agosto); la de Carlos González Peña sobre “El Pensador Mexicano y su tiempo” (29 de agosto), y la de José Vasconcelos sobre “Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas” (12 de septiembre).²¹

Su inconformidad con el positivismo es, quizá, la cualidad más notoria del grupo. El positivismo, base ideológica de la dictadura porfirista, fue refutada públicamente por los

¹⁸ Martín Luis Guzmán, *A orillas del Hudson* (Ensayos y poemas. Crítica-política-varia), México, Librería Editorial de Andrés Botas e Hijo, pp. 48-49.

¹⁹ Pedro Henríquez Ureña, *Horas de estudio*, p. 292.

²⁰ Alfonso Reyes, *Pasado inmediato y otros ensayos*, p. 50.

²¹ Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez, secretario y subsecretario, respectivamente, de Instrucción Pública y Bellas Artes, fueron los patrocinadores de esta serie de conferencias. Con el título de Conferencias del *Ateneo de la Juventud*, fueron reunidas y publicadas por la imprenta Lacaud, México, 1910. Los miembros del Ateneo dedicaron este volumen a don Pablo Macedo, director de la Escuela de Jurisprudencia.

*ateneístas: al darwinismo social, opusieron el libre albedrío y el sentimiento de responsabilidad humana que debe presidir la conducta individual y colectiva; al fetichismo de la ciencia, la investigación de los primeros principios, la búsqueda concerniente a las primeras causas de la vida y del mundo; a la actitud de circunscribir la investigación a los hechos positivos, la necesidad de volver a las fuentes puras de la filosofía y de las humanidades.*²²

Antonio Caso fue el que más se distinguió en la campaña que el Ateneo emprendió en contra del dominio exclusivo de la filosofía positivista en las aulas, sobre todo, de la Escuela Nacional Preparatoria. En su polémica con Samuel Ramos, habla con satisfacción, y hasta con orgullo, del triunfo alcanzado:

Mi obra como derrocador de la hegemonía comtista [...] pertenece a la historia de las ideas en México. Ella dirá algún día que provoqué la batalla y tuve la buena fortuna de triunfar en la contienda. El ilustre poeta don Ramón López Velarde, en un artículo suyo, rotulado: "Un Filósofo de la Comodidad", publicado en *Revista de Revistas*, describió, con alabanzas que no merezco, y que sinceramente agradeceré siempre, mi actuación de aquellos días generosos. ¡Todavía hoy me complace el rumor de la lucha empeñada y lo indiscutible de la victoria que alcancé! Aquella campaña me conforta.²³

La crítica de los ateneístas no se enderezó sólo contra el positivismo, fundamento filosófico del porfirismo, sino que abarcó la propia personalidad de Porfirio Díaz y los demás aspectos de su régimen dictatorial. Nacidos casi todos en pleno idilio porfirista, los ateneístas sintieron de niños admiración por el presidente Díaz. Pero ya jóvenes se liberaron de aquel culto en el que sus mayores los habían iniciado. Martín Luis Guzmán ha relatado en páginas admirables cómo al correr de los años se fue deshaciendo en su fantasía la imagen casi mitológica que de niño se había forjado del dictador. En 1906, cuando tenía 19 años, Porfirio Díaz, aquel semidiós, aquel héroe vivo, "fulgurante de bordados y medallas de todos los brillos", que habitaba en el Castillo de Chapultepec y que se confundía con los acordes del Himno Nacional, había acabado por desfigurarse. "No era ya el adalid fabuloso". Tanto había cambiado en su fantasía, que cuando ya joven tuvo ocasión de estar frente al dictador:

Hasta las arrugas del charol de los zapatos, altos y de una pieza, le dieron la impresión de ser artificiales. Se había convertido en hombre de carne y hueso. Ni era ya tampoco el caudillo liberal continuador de la obra consumada por Juárez y Lerdo y Ocampo en Veracruz. De tanto mirarse a sí mismo, y de tanto consentir en que sólo hacia él se mirase, o de exigirlo, se le había enturbiado la idea de su origen y de su razón de ser. No percibía ya la realidad material y espiritual del país a quien gobernaba, sino lo que los años habían pintado sobre la realidad para enmascararlo; ni se percataba del imposible de que la vida se anulase manteniéndose inmóvil y que voluntariamente dejaran de existir los resortes sociales herederos de aquellos otros que, al hacerlo a él necesario en su hora, todavía lo justificaban. La ficción y el emblema vacío habían proliferado y florecido a su alrededor. Atento, él y cuantos tenía cerca, el mérito de las condecoraciones con que se le premiaba su voluntad, y con que se interpretaban sus virtudes, habían acabado por creer que las condecoraciones eran la realidad; realidad el aplauso que se las colocaba y se las admiraba en el pecho; realidad lo que de México decían quienes le

²² Vicente Lombardo Toledano, "El sentido humanista de la Revolución Mexicana", *Revista Universidad de México*, t. I, núm. 2, diciembre, 1930.

²³ Antonio Caso, *Ramos y yo. Un ensayo de valoración personal*, México, Editorial Cultura, 1927, p. 11.

escamoteaban el poder para usarlo en provecho propio. Una loa había adquirido validez de juicio permanente e indestructible: la entonada por las prósperas colonias extranjeras, que felices de explotar a sus anchas la miseria mexicana, lo cantaban a todo lo ancho de los continentes hasta erigirlo en uno de los grandes constructores mundiales del siglo XIX político, económico y social. Ni siquiera se concebía ya discutible el valor ditirámico del apotegma, tan falso como indolente, que lo declaraba, a perpetuidad, el augur irremplazable de los destinos de México, el recipiente total de las inteligencias nacionales, la suma de las voluntades del país. Y él obrará como si, en efecto, fuese una inteligencia objetiva, externa a él, sensible para cuantos él constreñía, su deseo de que nada cambiase, nada se moviese, nada alentase, porque siendo buena su obra, resultaría eviterna.²⁴

Vasconcelos condena el régimen porfirista porque detuvo el proceso de adelanto nacional iniciado por la revolución de Reforma:

La Administración de este déspota enseña a burlar el funcionamiento de las instituciones, nada prepara, nada crea, sólo aprovecha una prosperidad material obtenida a costa de un verdadero remate de las riquezas públicas. En este periodo, la cultura, como el capital y el poder, se encuentra en reducidos grupos, se convierte en prenda de lujo; cosa de ejercer influencia sobre las masas. Lo poco que hay de valor en la época se explica por el impulso del periodo antecedente.

*El mismo Vasconcelos hace responsable a la dictadura porfirista de haber acabado con la erudición y con la enseñanza de las humanidades. “Por aquel tiempo en el México oficial y universitario, desapareció el cultivo de las humanidades; mal de cuyas consecuencias nos resentimos y apenas logramos corregir yendo, ya maduros, a buscar las fuentes eternas del espíritu griego”.*²⁵

Alfonso Reyes nos ha dejado este retrato crítico del dictador Porfirio Díaz:

El antiguo régimen –o como alguna vez le oí llamar con pintoresca palabra, el *Porfiriato*– venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir. El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un abismo cronológico. La voz de la calle no llegaba ya hasta sus oídos, tras el telón espeso de prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo. Pero no se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y los devoraba como Saturno, conforme los iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos.

Bajo el signo de Porfirio Díaz, en aquellos últimos tiempos, la historia se detiene, al advenir hace un alto. Ya en el país no sucedía nada o nada parecía suceder, sobre el plano de deslizamiento de aquella rutina solemne. Los científicos, dueños de la Escuela, habían derivado hacia la filosofía de Spencer, como otros positivistas, en otras tierras, derivaron hacia John

²⁴ Martín Luis Guzmán, *Academia. Tradición. Independencia. Libertad*, Colección: Ideas. Letra y Vida, pp. 33-34, 36.

²⁵ José Vasconcelos, *op. cit.*

Stuart Mill. A pesar de ser spencerianos, nuestros directores positivistas tenían miedo de la evolución, de la transformación. La historia, es decir, la sucesión de los hechos trascendentes para la vida de los pueblos, parecía una cosa remota, algo ya acabado para siempre; la historia parecía una parte de la prehistoria. México era un país maduro, no posible de cambio, en equilibrio final, en estado de civilización. México era la paz, entendida como especie de la inmovilidad, la *Pax Augusta*. Al frente de México, casi como delegado divino, Porfirio Díaz, *Don Porfirio*, de quien colgaban las cadenas que la fábula atribuía al padre de los dioses. Don Porfirio, que era, para la generación adulta de entonces, una norma del pensamiento sólo comparable a las nociones del tiempo y del espacio, algo como una categoría kantiana. Atlas que sostenía la República, hasta sus antiguos adversarios perdonaban en él al enemigo humano, por lo útil que era, para la paz de todos, su transfiguración mitológica.

¿La paz? También envejecía la paz. Los caballeros de la paz ya no las tenían todas consigo. Bulnes, un contemporáneo de la crisis, exclama un día: “La paz reina en las calles y en las plazas, pero no en las conciencias”. Una cuarteadura invisible, un leve rendijo por donde se coló de repente el aire de afuera, y aquella capitosa cámara, incapaz de la oxigenación, estalló como bomba.²⁶

*Y Antonio Caso también formuló su crítica del porfirismo. “Díaz fue en sus comienzos un gran gobernante. Soldado de la República, bajo su espada se desvanecieron las sombras de los pasos dejados por Maximiliano. De Querétaro, en las cenizas traídas por el viento, nos llegaba el áurea de la libertad mexicana”. Pero, “paulatinamente, toleró el entronizamiento de una oligarquía que hizo del egoísmo el único móvil de su existencia”, de una “casta de privilegiados y latifundistas, que se adueñaron del patrimonio nacional”; de una “oligarquía hambrienta que hizo presa las riquezas, las libertades y los destinos mexicanos”. Esta oligarquía, esta casta vivió una “existencia de vil interés económico”, preocupada por la “industria, el comercio, el acaparamiento de la tierra y el bienestar material”. Su vida estuvo “inclinada hacia la tierra en busca perdurable del sustento como hacen los animales”, en “perpetuo movimiento nutritivo”, movida siempre por un “voraz imperialismo vital, por una avaricia, una gula y una rapiña insaciables”. El acaparamiento de la tierra, la acumulación de la riqueza agraria fue el resultado de este insaciable apetito nutritivo de los hombres del porfirismo. La gran propiedad, la hacienda, el latifundio son la transformación de la pequeña propiedad agraria de los campesinos en alimento para los latifundistas, son la transformación de la tierra de los campesinos en pesebre nutritivo para los hacendados, son la apoteosis del placer bestial de la nutrición que caracteriza a los hombres del porfirismo. El hacendado, el latifundista, es el prototipo del harto, del glotón, del avaro, del acaparador de alimentos, que vivió conforme a la ley del egoísmo: maximum de provecho con minimum de esfuerzo. El latifundista y hacendado es la “encarnación del Único y su Propiedad de que habla Stirner”, es el “acaparador de la riqueza agrícola del país que hizo suya la máxima que formuló Nietzsche: no contentamientos sino más poder”.*²⁷

Pero la actitud de los ateneístas frente a la dictadura de Porfirio Díaz fue más allá. No se limitó a hacer la crítica del dictador y de su régimen, sino que algunos de ellos se convirtieron en soldados y empuñaron el fusil para derrocar al régimen dictatorial. Vasconcelos, apenas sonaron los primeros disparos, se alistó en las filas del maderismo. Martín Luis Guzmán, años después, se incorporó en la División del Norte, al lado de Villa.

²⁶ Alfonso Reyes, *op. cit.*, pp. 5-8.

²⁷ *La Noche*, Uruguay. Montevideo. 2 de octubre, 1921.

Y a Ricardo Gómez Róbelo, disfrazado de guerrillero, lo encontraban en los campamentos, traduciendo a Elizabeth Barreto Browning.

Como se ve, existe un vínculo muy íntimo entre la actitud filosófica y la actitud política de los ateneístas. A la vez que se apartaban filosóficamente del positivismo se iban separando políticamente del régimen dictatorial de Porfirio Díaz. Es que al mismo tiempo que sentían la opresión intelectual, se daban cuenta de la opresión política y económica que padecía toda la República. Por eso hay congruencia entre su actitud antipositivista y su actitud antiporfirista. Congruencia que no se advierte en otros grupos de intelectuales contemporáneos de los ateneístas. Por ejemplo en el grupo de neotomistas o neoescolásticos, quienes filosóficamente eran antipositivistas, pero políticamente porfiristas.

9. El Ateneo después del derrumbe porfirista

Después del derrumbe de la dictadura porfirista, el Ateneo se incorporó al régimen de Madero. “Mis amigos –escribe Vasconcelos– me nombraron presidente del Ateneo de la Juventud”, no por “homenaje”, sino en provecho de la institución, cuya “vida económica precaria yo podía aliviar”, asegurándole cierta atención del nuevo gobierno e incorporando a casi todos los ateneístas al medio oficial.²⁸ Con la designación de Vasconcelos, el Ateneo se elevó al rango de Ateneo de México, ampliando considerablemente su radio de acción. Por una parte, se elaboró un programa de “rehabilitación del pensamiento de la raza”, que permitió traer a México conferencistas como Pedro González Blanco, José Santos Chocano y Manuel Ugarte. Por otra parte, se imprimió a sus actividades una orientación humanista en favor de la educación del pueblo, creando con este objeto la Universidad Popular Mexicana, “escuadra volante –dice Alfonso Reyes– que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias”.²⁹

Lo que fue más tarde el Ateneo, nos lo dice Vasconcelos en estos términos: “Las sesiones del Ateneo concluían cada viernes en algún restaurante de lujo. Ya no era el cenáculo de amantes de la cultura, sino el círculo de amigos con vistas a la acción política. Antonio Caso fue quizás el único que no quiso mezclarse en la nueva situación”.³⁰

Medio siglo ha transcurrido desde la fundación del Ateneo de la Juventud. Murió ya la mayor parte de sus componentes y, tal vez la tierra recibirá pronto los huesos de los pocos que sobreviven. Como homenaje a ellos, muertos y vivos, en este cincuentenario de la fundación del Ateneo, se publica el presente volumen. Lo forman las Conferencias del Ateneo de la Juventud, agotadas hace mucho, y cinco trabajos, recopilados de algunas revistas, que permitirán a los estudiosos formarse una idea cabal de lo que representa la obra realizada por los ateneístas para la cultura nacional.

J. H. L.

²⁸ José Vasconcelos, *Ulises criollo*, p. 464.

²⁹ Alfonso Reyes, *op. cit.*, p. 60.

³⁰ José Vasconcelos, *Ulises criollo*, p. 464.

NOSOTROS*

Si no se puede aceptar con Matthew Arnold que los florecimientos poéticos sean, en el estricto sentido de la palabra, suscitados siempre por un eficiente trabajo de la crítica, se aceptará, al menos, que hay un modo de alternación entre unas y otras manifestaciones del pensamiento: que a las pléyades de poetas suceden los enjambres de críticos, y viceversa. La evolución de las letras mexicanas, desde la era del Modernismo hasta nuestros días, queda definida por esta fórmula: un ritmo, una sucesión casi prevista o previsible, quizá necesaria, entre los virtuosos del talento poético y los sedientos de una nueva atmósfera de ideas. Hay, en la generación que ahora oficia, como tenía que ser, poetas verdaderos –pero sumergidos en la superior tendencia ideológica, quiéralo o no y así lo confiesen o lo nieguen. Reflejo, por otra parte, de lo que en todo el mundo sucede: no es hoy el día del cuento maravilloso ni del poema excelso, no es el día de la invención, sino el de la crisis intelectual, el de la tormenta de los valores. Y el general desconcierto, en medio del naufragio crítico, como todas las aspiraciones vagas a la vez que intensas, busca alivio en la religión. ¿Lo hallará?...

... *Ai posteri*
l'ardua sentenza...

La *Revista Moderna*, heredera de los timbres de la *Revista Azul*, y que popularizó entre nosotros la poesía postromántica, apenas murió con su misión. Oigo hablar de resucitarla: no –la vida no es reversible–, si la resucitan, será otra. Los poetas de la *Revista Moderna* tuvieron como cualidad común el don de la técnica: técnica audaz, innovadora, y, exceptuando a Urbina que ha perpetuado la tradición romántica, y a Díaz Mirón que vive en su torre, cierto aire familiar de *diabolismo poético* que causa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas. Agrupábanse, materialmente hablando, en redor del lecho adonde Jesús Valenzuela (siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres) iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. Y, a veces, llegaba de la provincia Manuel José Othón con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestras, lejano, distraído, extático. Othón ha muerto, y espera el día de su consagración definitiva. Es el más clásico de todos. En la historia de la poesía española es, a la vez, una voz nueva y familiar. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de Fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la moda; hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo incurrió en el pecadillo de acusar de “viejos los metros de Othón: era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo clásico. Othón se defendía, en privado, recordando que los alejandrinos castellanos son, a su vez, tan viejos como Berceo. Valenzuela también ha muerto: su recuerdo perdurará más que su poesía, aquella amable y espontánea poesía que no tiene nombre en la retórica. A los otros los ha dispersado la vida. Díaz Mirón siempre estuvo solo, y siempre, descontentadizo y febril, castiga el estro, confesándose inferior a su ideal, pero superior a lo demás. Urueta ha educado con aladas palabras el gusto estético del pueblo, haciéndolo amar las cosas bellas y la Grecia francesa.

* Trátase de *Nosotros*, revista de arte y educación, núm. 9, marzo de 1914, pp. 620-625.

Su influencia en la prosa mexicana sólo ha reconocido por límites la imposibilidad de seguirlo al mar armonioso en que navega. Tablada ha enmudecido temporalmente, os lo aseguro: su excelente don literario no podría agotarse a los pocos trinos. No ha dicho a su pluma, como el prudentísimo Cide Hamete: “Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, adonde vivirás luengos siglos”. No, Tablada hace versos hoy: mañana los publicará. Y Nervo se concentra ahora para destilar, gota a gota, el zumo acendrado de su sabiduría.

Al principiar el año de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, ayudados por José María Sierra (el cual ha escapado, como por trampa, del mundo de lo conocido), se arriesgaron en una empresa periodística que habría tenido éxito, si Cravioto no hubiera preferido sacrificarla a un viaje por Europa. Se fundó una revista literaria de los jóvenes. Se trató de llamarla *Savia Nueva*; pero, a influencia todavía de la *Revista Moderna*, se acabó por ponerle el desabrido nombre de *Savia Moderna*. La revista duró poco, mas lo bastante para dar conciencia de su ser a la naciente generación. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como una obsesión general, como un rasgo familiar de nuestro instante literario. “La redacción –escribe el poeta Rafael López– era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar. Estaba colgada en la mansarda de un alto edificio de seis pisos, a muchos metros de la tierra. Tenía una amplia ventana por donde se escapaba la mirada libremente”. Frente a aquella ventana, Diego Rivera acostumbraba apostar su caballo. Desde aquella altura, cayó sobre la ciudad la palabra nueva.

Hoy, que ha corrido el tiempo, nos parece que también la *Savia Moderna* murió en buena hora: a haber perdurado –como que parecía una emanación de la *Revista Moderna*–, habría retardado la evolución: nos hubiera atado por más tiempo a los convencionalismos de la poesía *modernista*.

Fue aquella pléyade, fue aquella tropa la que alzó por las calles la bandera del arte libre: la que congregó en las plazas a la muchedumbre universitaria, y dio al traste con la bastarda empresa de un mentecato que pretendió resucitar la *Revista Azul*, ¡la de Gutiérrez Nájera nada menos! para atacar las libertades de la nueva poesía. Por primera vez en México se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza y dispuesta si hubiera sido menester (¡oh, santas locuras!) a defenderla con los puños. Fueron aquellos los mismos que más tarde convocaron a la patria para celebrar el aniversario de Gabino Barreda, el educador liberal, y dieron entonces, paralelamente a la anunciación de una nueva era literaria, el signo de una nueva conciencia política. Los mismos que habían de fundar la Sociedad de Conferencias, de efímera pero provechosa vida, y que después se habían de agrupar en el Ateneo de la Juventud, que hoy, para dar al tiempo lo suyo, se llama Ateneo de México. No paró en esto el proteísmo de la nueva generación. El Ateneo ha producido la primera Universidad Popular, y prepara la fundación de escuelas. Los literatos de los últimos barcos no aman ya la torre de marfil: sienten con la humanidad; y veneran, como lo quería Justo Sierra, a la Atenas Promakos: a la ciencia que defiende a la patria.

No tenía completamente razón Charles Leonard Moore cuando, refiriéndose a nosotros en *The Dial*, de Chicago, observaba que procedíamos de Francia. Hace solamente ocho años que la observación hubiera sido exactísima. Pero, de entonces acá, nuevas auras soplaron; y si no queremos renegar de la siempre amable y amada Francia, queremos, como decía Renán, oír el rumor que parte de todos los puntos del horizonte. Inclusive (y esto parece ignorarlo el ilustre crítico norteamericano) los rumores que nos llegan del Norte. Para nosotros no han escrito en vano los filósofos y poetas del Norte. En el humorismo de los jóvenes se reflejan Holmes y Poe, James en su filosofía; y las ráfagas de aliento humano

que brotan de la obra de Edith Wharton han pasado sobre las páginas del libro que prepara Martín Luis Guzmán. La influencia de la literatura inglesa, caso tal vez único en la América española, se descubre fácilmente en los jóvenes.

En el grupo literario de la *Savia Moderna*, como es de rigor, había los dos géneros de escritores de que nos habla Rémy de Gourmont: los que escriben y los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Jesús Acevedo. Escribir –dice Acevedo como Goethe– es un abuso de la palabra; y, por lo demás, no es necesario ser conocido. Amigo de los buenos libros, es Acevedo; al mismo tiempo, el creador del arte de la conversación y de la conferencia sobria y sabia. Sus insinuaciones maliciosas, su gusto estético, la facilidad de su pensamiento, su actitud resuelta ante la vida, hacen de él un tipo de excepción, un fruto de civilización superior a la del mundo en que vive. Cuando escriba libros, sus libros serán los mejores. Entre los prosadores recuerdo, sobre todo, a Ricardo Gómez Robelo, inteligencia ágil, estético entusiasta. De él, como del mirlo de Rostand, se diría:

*Cette âme...! On est plus las d'avoir couru sur elle
Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.*

La rapidez misma de su pensamiento lo hacia cruel. Y, además –grave ofensa para el género humano–, estaba enamorado del genio. Hubiera quemado a sus mejores amigos ante el templo de la más austera belleza. Ignoraba, seguramente, quién ha sido Torres Villarreal o cuántos libros ha publicado Emile Faguet, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos de la humanidad. Como todos los que han probado las desigualdades de la suerte, amaba las inspiraciones de la locura. Más tarde nos lo arrebató la guerra civil y nos lo devolvió guerrillero. Los noticieros yanquis lo encontraban en medio del campo de batalla, leyendo a Elisabeth Barrett Browning. Junto a él, Alfonso Cravioto es el representante del sentido literario: su prosa es fluida, musical, llena de brillos y colores. Es el escritor de prosa artística. Su vida está consagrada a la espectación literaria: ha coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de toda su generación. De cuando en cuando, asoma para celebrar en una prosa de ditirambo algún triunfo del arte o del pensamiento, y vuelve a su silencio habitual. Cegado por un ideal de perfección algo absurdo, se empeña en no publicar libros, y se olvida de que, como decía el orgulloso latino, no hay que contar con el mañana. Entre los poetas de *Savia Moderna* estaba Rafael López, cuyo primer libro, fruto de varios años de labor, le ha abierto ya un lugar aparte en las letras mexicanas; poeta de apoteosis y de fiesta plástica, de mármol y de sol, que se acerca cada vez más a la serenidad majestuosa, a la *sofrosine*, después de haber embriagado su adolescencia en los últimos *haxix* del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, musa de nube y de luna; alma monástica borracha de medievalismos imposibles, *ciega de ensueños y loca de armonía*. Estaba Eduardo Colín, entregado a una gestación intensa y difícil, de la que surgirá hijo de sí mismo. Y Roberto Argüelles Bringas, en fin, tan fuerte, tan austero, áspero a la vez que hondo, poeta lleno de concepciones vigorosas, concentrado, elíptico, en quien la fuerza ahoga la fuerza, y el canto, sin poder desleírse, brota a pulsaciones.

Otra vez he dicho, y es oportuno repetirlo, que Rafael López y González Martínez son, propiamente, el tránsito entre la generación pasada y la venidera: que de los pasados, de Nervo, Tablada, Urbina, Urueta, tienen las virtudes técnicas, las facilidades, todo lo cual, en la nueva legión aparecía un tanto adormecido. Que de ésta, en cambio anuncian ciertas condiciones de seriedad, de castidad artística, que no supieron mantener los pasados, con

excepción de Luis G. Urbina. Si otras comprobaciones no se tuvieran, bastaría en efecto, para apreciar la plasticidad del talento de Urbina y su don de penetración humana, a la vez que de progreso intelectual, la actitud con que ha acogido las ideas que llegan y con que ha saludado a los hombres que llegan. Es el camarada de los jóvenes: participa de su fe, y no ha vacilado en abrir de nuevo los libros en su compañía. Ni sería justo que nos olvidáramos de Urueta que, con rasgo generoso y valiente, ha dicho desde la tribuna pública: “—Yo sé que en esa falange vienen poetas más vigorosos y perfectos que Díaz Mirón, el que esculpe como Miguel Ángel y dibuja como Rafael, más delicados y tiernos que Amado Nervo, el que hace llorar a las vírgenes de Botticelli y cantar a los ángeles del Beato de Fiésole; sé que algunos de ellos escriben mejor que yo y hablan mejor que yo”.

La renovación no podía, naturalmente, limitarse a lo literario. La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, se desvanece ante la voz elocuente de Antonio Caso, quien difunde por las aulas las nuevas verdades filosóficas. No hay una teoría, no hay una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera por un instante. La historia de la filosofía, él la ha vivido. Y con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las unifica, su cátedra es, con razón, el orgullo de nuestro mundo universitario. Como representante de la filosofía *antioccidental*, de la *filosofía molesta* —y que mezcla ingeniosamente a las enseñanzas extraídas de Bergson—, José Vasconcelos, en los instantes que la cólera civil le deja libres, combate también por su verdad. De sus dones de creación filosófica y estética, de sus sinceros arrestos de pensador surgirá, si ha de surgir algún día, una corriente filosófica en el pensamiento mexicano. ¡Ojalá no lo arrebatan, por completo, las actividades extrañas a su vocación!

El triunfo del antiintelectualismo en México está casi consumado. El positivismo que lo precedió, si fue útil para la restauración social, vino a ser a la larga, pernicioso para el desarrollo no sólo de la literatura o la filosofía, mas del espíritu mismo. Era como una falsa, angosta perspectiva del mundo que no podía bastarnos ya. El positivismo mexicano, que era una reacción liberal, borró de sus tablas el latín, porque el latín y la Iglesia eran la misma cosa, y con el latín borro la literatura. ¡Extrañas asociaciones que sólo una vez se producen en la vida de los pueblos! Toda cultura fundamental desapareció, todo humanismo se perdió. Durante este breve periodo, la literatura mexicana tuvo que ser una literatura de aficionados, de literatos sin *letradura*. Pero quiso la suerte que en ese grupo de autodidactos hubiera algunos cuyo sentido de la belleza fuera muy superior al que pudieron tener (si alguno tuvieron) los viejos discípulos de seminario. Y nació, bajo la influencia de Francia, el Modernismo. La verdadera literatura mexicana comienza con Gutiérrez Nájera. Arrancados pues, por la fuerza de las cosas, a una tradición enojosa que ya no tenía razón de ser, todo lo que viniera más tarde podría libremente impregnarse del nuevo espíritu. Así vivió el Modernismo. Y cuando el tiempo dio la señal de la transición, la nueva Universidad se fundó (sin ninguna liga con la antigua) y la nueva generación penetró en la Escuela de Altos Estudios a resucitar el humanismo. Ya era tiempo. Ya era tiempo de volver un poco al latín y un mucho al castellano.

Entretanto, la agitación filosófica que nos conmueve corroe los moldes de la literatura: los géneros retóricos se mezclan un tanto, y la invención pura padece. Apenas la novela tradicional tiene un campeón en Carlos González Peña, hombre de férrea voluntad, trabajador infatigable, que intenta reflejar las inquietudes contemporáneas en un libro concebido a la manera de Flaubert. Teatro no hay. Y el cuento se hace crítico, burlesco y extravagante... Como en Julio Torri, *nuestro hermano el diablo*, un poseído del demonio de la catástrofe que siente el anhelo del duende por apagar las luces en los salones y derribar la

mesa en los festines: un humorista de humorismo funesto, inhumano, un estilista castizo y un raro sujeto en lo personal. El ensayo, verdadera forma del pensamiento contemporáneo, es el arma más constante de los jóvenes mexicanos. El material mismo de su literatura se altera: su lengua se hace más rica y noble, se aleja con horror de los atropellos oratorios y de los adornos artificiales, yuxtapuestos.

Lo que en el desarrollo del humanismo clásico, en el cultivo de la buena tradición española y en la formación del sentido crítico se debe a Pedro Henríquez Ureña, es incalculable. Educador por temperamento, despierta el espíritu de aquellos con quienes dialoga. Enseña a oír, a ver y a pensar. Él ha suscitado una tendencia de cultura y un anhelo de seriedad y trabajo que es el mejor premio de quienes le siguen. Un pequeño grupo, casi infantil, estudia y se nutre a su lado. Rafael López, junto a él, con una paciencia de santo jardinero, los inicia en el duro oficio de poetas, y ha logrado ya –en Francisco González Guerrero–, el primer fruto de sus esfuerzos. De tales embriones esperamos que salgan, al fin, los verdaderos maestros. Esos precoces eruditos, esos críticos imberbes (Castro, Vázquez del Mercado...), esos poetas niños, abrirán una nueva senda en el pensamiento mexicano. No los acusemos –no les desconfiemos–, por prematuros. Hay obligación de ser prematuro: el arte es grande y breve el plazo, y mientras más tiempo se goce de los bienes de la inteligencia, será mejor. Ya vemos en ellos, a los investigadores y a los poetas de mañana. Han aprendido ya y han comenzado a cumplirlas, las dos superiores leyes del oficio: conocer todos los libros, probar todas las emociones. Hoy los días son negros. No importa: a su tiempo lucirá el sol, y al amanecer del día siguiente hallaréis que los panales estaban rebosantes de miel, porque las abejas habían trabajado toda la noche.

ALFONSO REYES

EL VERDADERO ATENEO*

5 octubre 1937.

Señor don Octavio G. Barreda,
Ciudad.

Estimado y querido amigo:

En uno de los últimos números de *Letras de México*, revista inteligentemente editada y dirigida por usted, aparece, en la sección “Revista de revistas”, una nota referente a un artículo del semanario Hoy, número correspondiente al 11 del pasado, titulado “Cómo era el Ateneo de México”.

Como parece que hay interés en conocer detalles acerca de esta institución literaria, que tuvo influencia sobre las letras de México, creo que no huelgan los siguientes datos complementarios, de cuya exactitud puedo responder pues fui el último secretario del Ateneo.

En la lista de socios que publicó *Hoy* fueron omitidos algunos nombres: los de Leopoldo de la Rosa, de Jenaro Fernández Mac Gregor, de Saturnino Herrán, de Joaquín Méndez Rivas, de Emilio Valenzuela, de Manuel Romero de Terreros, de Antonio Mediz Bolio y el mío.

Tengo a la vista la lista de los fundadores del Ateneo que fueron 26, a saber: Acevedo, Araiza, Roberto Argüelles Bringas, Barajas, Bravo Betancourt, Caso, Castillo Ledón, César, Colín, Cravioto, Davales, De la Parra, Fabela, Fernández Mac Gregor, García Naranjo, González Peña, Henríquez Ureña (Pedro), López, Lozano (José María), Novoa, Palacios, Pallares, Reyes, Salazar, Vasconcelos y Valenzuela.

Con éstos, y con los que fueron ingresando poco a poco, el Ateneo llegó a contar en su seno a los siguientes socios:

Acevedo, Arq. Jesús T.
Araiza, Ing. Evaristo
Arenales, Ricardo
Argüelles Bringas, Roberto
Alarcón, Dr. Alfonso G.
Barajas, Dr. Carlos
Bravo Betancourt, Lic. Ignacio
Cabrera, Lic. Luis
Caso, Lic. Antonio
Castellanos Quinto, Lic. Erasmo
Castellanos, Jesús
Castillo Ledón, Luis
César, Lic. Francisco J.
Colín, Lic. Eduardo
Cravioto, Lic. Alfonso
Chocano, José Santos
Dávalos, Lic. Marcelino

* Archivo del Ateneo, Academia Mexicana.

De la Parra, Manuel
De la Rosa, Leopoldo
Enciso, Jorge
Escofet, José
Fabela, Lic. Isidro
Fernández Mac Gregor, Lic. Jenaro
García Naranjo, Lic. Nemesio
Gómez Róbelo. Lic. Ricardo
González Blanco, Lic. Pedro
González Martínez, Dr. Enrique
González Peña, Carlos
González Roa, Lic. Fernando
Guzmán, Martín Luis
Henríquez Ureña, Lic. Max
Henríquez Ureña, Lic. Pedro
Herrán, Saturnino
Herrera y Ogazón, Srita. Alba
Jiménez Domínguez, Lic. Enrique
López, Rafael
Lozano, Carlos
Lozano, Lic. José María
Mariscal, Arq. Federico
Mariscal, Arq. Nicolás
Mediz Bolio, Lic. Antonio
Méndez Rivas, Joaquín
Novoa Lic. Guillermo
Palacios, Juan
Pallares, Lic. Eduardo
Pani, Ing. Alberto J.
Ponce, Profr. Don Manuel M.
Pruneda, Dr. Alfonso
Quijano, Lic. Alejandro
Robelledo, Lic. Efrén
Reyes, Lic. Alfonso
Rivera, Diego
Romero de Terreros, Manuel
Salazar, Lic. Abel C.
Silva y Aceves, Lic. Mariano
Teja Zabre, Lic. Alfonso
Torri, Lic. Julio
Urbina, Luis G.
Urueta, Lic. Jesús
Vasconcelos, Lic. José
Velázquez, Miguel A.
Valenzuela, Emilio
Zárraga, Ángel

Tengo en mis manos el no muy copioso archivo del Ateneo, sus estatutos, cartas, algunas de ellas interesantes, y programas o papeles relacionados con sus actividades.

Como cosa curiosa hay que hacer notar que entre los escritores extranjeros que estuvieron en relaciones con el Ateneo se encuentran los muy distinguidos filósofos Emilio Boutroux y Benedetto Croce, y los literatos José Enrique Rodó, Arturo Farinelli y doña Blanca de los Ríos de Lampérez; ellos además de Chocano, Pedro y Max Henríquez Ureña, Pedro González Blanco, Ricardo Arenales y Leopoldo de la Rosa, que fueron sus socios directos.

Fueron directores del Ateneo don Antonio Caso, don José Vasconcelos y don Enrique González Martínez.

Hubo socios que dejaron de pertenecer a la institución temporalmente: don Nemesio García Naranjo, don Jenaro Fernández Mac Gregor y don Emilio Valenzuela, quienes después reingresaron, por lo menos algunos de ellos. La renuncia de García Naranjo fue, según dice el escrito que tengo en mi poder, “por no estar conforme con la conducta seguida por el Ateneo de la Juventud para con el ilustre huésped de la República, Señor Don Manuel Ugarte”. Fernández Mac Gregor renunció por haberse tratado asuntos políticos en una de las sesiones del Ateneo. Así andaban las cosas en 1910.

El Ateneo, que con el nombre de “Ateneo de la Juventud” se fundó el 28 de octubre de 1909, cambió su nombre por el de “Ateneo de México” en 1912. La edad de algunos socios aconsejaba ya la supresión de la restrictiva “juventud”.

Aunque las actividades principales del Ateneo son conocidas, recordaré aquí la serie de importantes conferencias públicas que sustentaron algunos de sus socios más distinguidos: Caso, Pedro Henríquez Ureña, Reyes, González Peña, Escofet, Vasconcelos. Cuando vino don Rafael Altamira en 1910, el Ateneo lo acogió calurosamente, ofreciéndole una velada y una comida. El Ateneo organizó, con motivo de la muerte de don Justo Sierra, una velada que se verificó el 22 de octubre de 1912. Cuando el general Huerta quiso aplicar el artículo 33 a Chocano, el Ateneo hizo una calurosa moción, inútil, para evitarlo. El ateneo tuvo, así en sus primeros tiempos, una vida activa. Posteriormente declinó, hasta desaparecer; sin que tenga yo dato exacto respecto a esto último, no obstante haber sido, como digo antes, su último secretario.

Si cree usted que los datos que anteceden puedan ser de algún interés para sus lectores, puede hacer uso de ellos.

Soy de Ud. affmo., atto., S. S. y amigo.

ALEJANDRO QUIJANO

EL SECRETO DEL ATENEO*

Escribíamos —véase el número anterior de *Todo*—, acerca del gusto literario y el modo de educarlo, la manera más efectiva de practicar el arte de la lectura y prometimos dar el secreto del éxito de aquel Ateneo de la Juventud de por el mil novecientos diez, que según fama pública, inició en nuestro país una etapa especial de su cultura. Mucho se ha hablado del Ateneo de la Juventud para presentarlo como un esfuerzo de grupo en que cada quien había ejercido y recibido influencias. Lo cierto es que nunca hubo un grupo literario de tendencias más heterogéneas que el Ateneo. Bastaría con leer lo único que se publicó y se presentó como obra del grupo: las *Conferencias del Ateneo*, para convencerse de que cada uno de los asociados era distinto radicalmente del otro. Sin embargo, hubo un elemento común a las actividades del grupo, consistió en que, cada uno a su manera, colaboró para transformar el ambiente espiritual de la época; cada uno provocó inquietudes, provocó actividades de carácter social, en una palabra, dejó huella en su ambiente. El grupo original, numeroso y distinguido sin excepción, fue quedando reducido a sólo cuatro o cinco, justamente porque estos cuatro o cinco realizaron la tarea que a mi juicio explica todo el efecto personal y social originado por el Ateneo. Consistió esa tarea en reunimos para leer y comentar. Pero el secreto de las reuniones aquellas, fue que tuvimos tino para elegir las lecturas.

Se puede caracterizar lo que nos separó, en el Ateneo, del pasado literario inmediato, simplemente en esto: privaba con anterioridad a nosotros el hábito de las citas incompletas y vagas derivadas de lecturas de segunda mano. Restauramos nosotros, por reacción instintiva, la práctica de acudir a las fuentes. Se usaba poco antes de nosotros citar a los griegos, a través de Hugo de Saint Víctor —la moda del momento—, o a través de manuales o compendios, y nosotros nos dedicamos a la sencillísima tarea de leer a Platón directamente en la traducción inglesa de Jewet o en la francesa de Víctor Cousin.

No éramos humanistas ni podíamos serlo, dado el absurdo sectario programa de aquella enorme mediocridad que se llamó Gabino Barreda. Además, y en honor de la verdad, y por lo que a algunos de nosotros toca, ni pudimos haber sido humanistas ni queríamos serlo. Desde el principio comprendimos que bien vale la pena sacrificar la posibilidad de leer de corrido en griego y latín, con tal de enterarnos del vasto caudal científico de nuestra época, y el saber general de la humanidad. Después de todo, las traducciones ya están hechas y si hacen falta más, que se dediquen a eso los traductores; pero una mente ambiciosa no puede entretenerse en el arte de expresar una idea en dos o tres idiomas, cuando a penas basta la capacidad del hombre más eminente para abarcar en un solo idioma una parte siquiera de lo pensable. No era para nosotros como lo fue para Barreda y sus positivistas, con los jacobinos, cuestión de odio religioso lo que nos apartó del latín. Fue la consideración de que, a cambio de un esfuerzo de traducción de materia ya bien traducida, no íbamos a renunciar a la mecánica, la física, la química y la biología, cargadas de saber que la antigüedad no pudo disfrutar y que constituyen para el artista, para el filósofo contemporáneo, un material insustituible para crear, lo que por entonces nos parecía meta única del anhelo de sabiduría: la formulación de una visión del cosmos; la determinación de las posibilidades implícitas en un destino; la investigación de los modos y determinaciones de la Providencia, considerada como la acción de Dios en las almas y el mundo.

* En *Todo*, núm. 672, 25 de julio de 1946, p. 11.

En busca, pues, de todo esto, fuimos a la lectura, y como es eso lo que buscábamos en la lectura, no podían conformarnos los libros que no fuesen los clásicos. Entendiendo los clásicos, según se explicó en el artículo de la semana pasada, en el sentido de las obras maestras de ingenio humano, independientemente de la época en que vieron su aparición. Así se explica que en nuestro pequeño círculo, junto con Platón leyésemos a Kant, para saltar en otra temporada a los *Upanisadas*.

Insisto entonces, en que actividad tan sencilla como la de leer buenos libros es el origen de toda la irradiación que produjo el Ateneo. Añado más: conviene al principio leer a los clásicos en compañía. Se oye decir con frecuencia que la lectura de los clásicos es aburrida. Suele serlo, en efecto, para los que no se toman la molestia de enterarse, siquiera someramente, del ambiente histórico de la obra que se trate de leer. Para entender a Homero hacen falta ciertas nociones de mitología griega y de historia general; para entender al Dante, que es más grande que Homero, hace falta un conocimiento profundo de teología y metafisicatanista, etcétera. Tanto hay en el Dante, que existen sociedades literarias dedicadas no precisamente a descifrarlo porque si estilo es claro, pero sí a descubrir una parte, cada quien, del caudal inmenso de su ciencia. Pero el fruto que se logra de la lectura de Dante o de Homero, fruto de inquietud, de preocupación de conocimiento y deslumbramiento; fruto de placer interno del ánimo, bien vale todos los esfuerzos que nos cueste penetrar la vastedad de sus mentes. Ahora bien, este esfuerzo se cumple mejor en colaboración de grupos afines. Uno por ejemplo, el que sea poeta, ayudando a descifrar las alusiones mitológicas de Homero; otro dilucidará los problemas de la complicada metafísica dantesca y así sucesivamente, a la manera del naturalista que divide el trabajo, dedicándose algunos a clasificar piedras, otros a investigar las conductas de los seres vivos. En la lectura de un clásico hay más necesidad de criterios y saberes varios, que en el estudio de la naturaleza, porque una obra como la del Dante es culminación del espíritu; y es más vasto, más rico el Universo del espíritu que todo el panorama de la configuración y reacciones de la tierra y el aire o el agua y las estrellas.

El estudio de los clásicos es empresa ardua, pero no hay en la existencia dicha u honra verdaderas, que no cuesten afán y sacrificio. Quien tome la lectura como pasatiempo, es decir manera de matar el tiempo, que es también matar en parte el alma, que se dedique a la novela policiaca.

Sé de grandes hombres vulgares –un recién desaparecido presidente–, pongo por caso, que declaran conformarse con la literatura del crimen novelado. Eso es tener obliterado el espíritu y leer como para combatir el insomnio, usando la lectura como sonsonete y runrún del espíritu; mecanismo mental parecido al estruendo del motor que a fuerza de ser repetido, nos produce la inconsciencia de un buen sueño sin ensueños. Lectura que nos evita el esfuerzo y la inquietud de pensar; droga del alma, barbitúrico que a fuerza de aquietar embrutece.

JOSÉ VASCONCELOS

REMINISCENCIAS SOBRE EL ATENEO DE LA JUVENTUD*

Las notas que sobre el Ateneo de la Juventud publicó recientemente mi distinguido amigo don Francisco González Guerrero, en su interesante columna de este diario, titulada "Autores y Libros" me hizo volver la memoria hacia los tiempos de la fundación de aquel instituto para completar en lo posible la información. Porque el tiempo pasa, la mayoría de los hombres que formaron parte de aquel grupo yace ya en la tierra, y los sobrevivientes andamos alrededor de los setenta, y como además los documentos se pierden o se destruyen, dentro de unos cuantos años no habrá quien sepa directamente cómo fue aquello.

Ya en 1938 mi querido amigo y compañero Alejandro Quijano, último secretario del Ateneo (quien no consta siquiera como socio en la lista que transcribió el señor González Guerrero) hizo aclaraciones a una nota de don Octavio G. Barreda, publicada en *Letras de México*, a propósito de un artículo sobre la misma materia del semanario Hoy, titulado "Cómo era el Ateneo de México", Quijano dio la lista completa de los socios, a la vista de los documentos que guarda en su archivo (mismos que con su venia me sirven de base para este apunte), y parece que el número de aquéllos había crecido, mientras que en el libro de *Conferencias del Ateneo*, que vio la luz en 1910, consta que los socios numerarios eran 31 y los correspondientes 8, en la lista que da Quijano hay sesenta y tres miembros, sin distinguir la clase a la que pertenecen. Va en seguida: Jesús T. Acevedo, Evaristo Araiza, Ricardo Arenales, Roberto Argüelles Bringas, Alfonso G. Alarcón, Carlos Barajas, Ignacio Bravo Betancourt, Luis Cabrera, Antonio Caso, Erasmo Castellanos Quinto, Jesús Castellanos, Luis Castillo Ledón, Francisco J. Cesar, Eduardo Colín, Alfonso Cravioto, Marcelino Dávalos, Leopoldo de la Rosa, Jorge Enciso, José Escofet, Isidro Fabela, Jenaro Fernández Mac Gregor, Nemesio García Naranjo, Ricardo Gómez Robelo, Pedro González Blanco, Enrique González Martínez, Carlos González Peña, Fernando González Roa, Martín Luis Guzmán, Max Henríquez Ureña, Pedro Henríquez Ureña, Alba Herrera y Ogazón, Enrique Jiménez Domínguez, Rafael López, Carlos Lozano, José María Lozano, Federico Mariscal, Nicolás Mariscal, Antonio Mediz Bolio, Joaquín Méndez Rivas, Guillermo Novoa, Juan Palacios, Eduardo Pallares, Alberto J. Pani, Manuel de la Parra, Manuel M. Ponce, Alfonso Pruneda, Alejandro Quijano, Efrén Rebolledo, Alfonso Reyes, Diego Rivera, Abel C. Salazar, José Santos Chocano, Mariano Silva y Aceves, Alfonso Teja Zabre, Julio Torri, Luis G. Urbina, Jesús Urueta, José Vasconcelos, Miguel A. Velázquez, Ángel Zárraga.

Es curioso que en el referido libro de conferencias se encuentren también errores: por ejemplo, se me excluye de la lista de socios, cuando en la página siguiente, bajo el rubro "Mesa Directiva", aparezco como el primer secretario de Actas que tuvo el Ateneo. Lo cierto es que también fui socio fundador del grupo, junto con las siguientes personas: Jesús T. Acevedo, Evaristo Araiza, Roberto Argüelles Bringas, Carlos Barajas, Ignacio Bravo Betancourt, Antonio Caso, Luis Castillo Ledón, Francisco J. César, Eduardo Colín, Alfonso Cravioto, Marcelino Dávalos, Isidro Fabela, Nemesio García Naranjo, Carlos González Peña, Pedro Henríquez Ureña, Rafael López, José María Lozano, Guillermo Novoa, Juan Palacios, Eduardo Pallares, Manuel de la Parra, Alfonso Reyes, Abel C. Salazar, José Vasconcelos y Emilio Valenzuela. En total 26 socios.

* Reminiscencias sobre el Ateneo de la Juventud", en *El Universal*, año XXXIV, t. CXLIII, núm. 12,286, 25 de septiembre de 1950, pp. 3, 11.

Ahora voy a decir lo que recuerdo del nacimiento del Ateneo. A moción de Antonio Caso, de Alfonso Reyes, de Pedro Henríquez Ureña, de José Vasconcelos, de Jesús Acevedo, y tal vez de alguna otra persona, se fundó, en 1908, una Sociedad de Conferencias. Éstas se desarrollaron en dos ciclos, en el casino de la colonia de Santa María de la Ribera, recientemente inaugurado, y en el segundo yo sustenté una plática sobre Gabriel D'Annunzio, que luego fue publicada en un número de la famosa *Revista Moderna*. No recuerdo cuáles fueron los temas de las demás conferencias; sólo sé que Caso explicó a Nietzsche, y Max Henríquez Ureña comentó a Chopin, ilustrando sus comentarios al piano.

La Sociedad de Conferencias se transformó en Ateneo de la Juventud, en 22 de octubre de 1909. El proyecto de estatutos fue redactado por Caso, Henríquez Ureña, Acevedo, López, Cravioto y Reyes. Se estipulaba en ellos que el objeto de la asociación sería trabajar en pro de la cultura intelectual y artística de México, celebrando reuniones públicas en las cuales se daría lectura a trabajos literarios, científicos o filosóficos; organizando discusiones sobre temas escogidos de interés; publicando una revista; estableciendo contacto ora con sociedades análogas, o con individuos que se dedicaran a los mismos fines. Los socios eran de las siguientes categorías: fundadores, de número, concurrentes, correspondientes y honorarios. La duración de la sociedad sería indefinida, y no podría disolverse sino por acuerdo de la mayoría.

Pasó aquel grupo por los movidos años de la transición del régimen porfiriano al revolucionario, y, naturalmente, sufrió mil vicisitudes. Posteriormente, en 1912, hubo de reformarse bajo el nombre de Ateneo de México, pues la juventud de sus socios se había esfumado como las nieves de antaño.

Yo volví a ser socio durante esta etapa, pues había presentado mi renuncia en 1910 por la siguiente causa, que demuestra la manera de pensar que muchos teníamos entonces. En cierta sesión en la que fue recibido como socio el licenciado José María Lozano, él, junto con él licenciado García Naranjo, pronunciaron el tema de actualidad, a saber, el de la sucesión presidencial. La discusión se enzarzó y los ánimos se acaloraron. Y como desde entonces yo, como Platón, odiara la política y temiera que el Ateneo se transformase en un club demagógico, me salí de él.

Posteriormente, en 24 de enero de 1912, presentó también su renuncia de socio el licenciado García Naranjo, dando por motivo no estar conforme con la conducta que siguió el Ateneo para con el ilustre huésped de la República, don Manuel Ugarte.

Respecto a las actividades del Ateneo decía Alejandro Quijano en su carta a Barreda, antes citada:

Aunque las actividades principales del Ateneo son conocidas, recordaré aquí la serie de importantes conferencias públicas que sustentaron algunos de sus socios más distinguidos: Caso, P. Henríquez Ureña, Reyes, González Peña, Escofet, Vasconcelos. Cuando vino don Manuel Altamira en 1910, el Ateneo lo acogió calurosamente, ofreciéndole una velada y una comida. El Ateneo organizó, con motivo de la muerte de don Justo Sierra, una velada que se verificó el 22 de octubre de 1912. Cuando el general Huerta quiso aplicar el Artículo 33 a Chocano, el Ateneo hizo una calurosa moción, inútil, para evitarlo. El Ateneo tuvo así, en sus primeros tiempos, una vida activa. Posteriormente declinó, hasta desaparecer, sin que tenga yo dato exacto respecto a esto último, no obstante haber sido, como digo antes, su último Secretario.

Hay que agregar a lo anterior que el Ateneo recibió distinciones muy señaladas de escritores extranjeros entre los cuales se encuentran Emille Boutroux, Benedetto Croce, José Enrique Rodó, Arturo Farinelli, Blanca de los Ríos de Lamperes y otros.

Los presidentes del grupo fueron: Antonio Caso, Alfonso Cravioto, José Vasconcelos, Enrique González Martínez, y, nuevamente, Antonio Caso.

Por último, quiero hacer unas atentas observaciones a las notas de don Francisco González Guerrero. Después de dar su lista de socios, asienta que entre ellos pocos eran los verdaderos escritores. Esta afirmación no tiene en cuenta que de los 39 miembros atados tienen obra reconocida: Caso, Castillo Ledón, Colín, Cravioto, M. Dávalos, Fabela, García Naranjo, Gómez Róbelo, González Peña, Henríquez Ureña, R. López, E. Pallares, De la Parra, Reyes, Salazar, Silva, Aceves, Teja Zabre, Torri, Vasconcelos, Cabrera y Rebolledo; en total 22. Hay que agregar los nombres de los socios posteriores: González Martínez, Guzmán, Mediz Bolio, Méndez Rivas, Santos Chocano, Urueta y algunos más. Forman en conjunto un buen tanto por ciento, y téngase en cuenta, además, que entre los socios que no eran literatos se hallaban pintores y músicos de primera calidad, de los que han dado fama a México.

Si, pues, el Ateneo no hizo obra de grupo (y los grupos no actúan en masa para difundir la cultura), sí contribuyó a través de la producción individual de sus socios a transformar el sentido estético, filosófico y moral de nuestro medio.

Es cierto, por otra parte, que sólo un reducido número de ateneístas militó en el movimiento revolucionario, que como un volcán estalló en 1910. Pero hay que entender la tragedia espiritual que agitó a los más de ellos. Crecieron en una época de tranquilidad, llena de buenas intenciones. La paz porfiriana coincidió con la mundial, basada en el equilibrio europeo resultante de la guerra franco-alemana de 1870. Los que crecimos en ese periodo llegamos a pensar en el afianzamiento de la paz por medio del respeto a los derechos de todos; en el triunfo de la ciencia; en el mejoramiento paulatino de la vida y de todas las clases sociales, por la moral y por el altruismo. ¿Que nuestra educación era libresca? ¿Y qué otra forma de educación se tiene a los 25 años? La primera ventana sobre el mundo se abre a través del pensamiento y de la sensibilidad de las generaciones que nos preceden.

Aquí en México, palpábamos ciertamente los problemas no resueltos por el gobierno del dictador, pero queríamos resolverlos evolutivamente, dentro de la ley. Sabíamos, puesto que la crítica de las revoluciones estaba hecha por Taine, por Le Bon, y por otros sociólogos, que es ilusoria la transformación social que se verifica por medio de ellas, o que cuesta por lo menos, demasiado cara en destrucción de vidas y propiedades. La estructura de un pueblo no cambia milagrosamente en un día. En el nuestro había entonces (la necesidad subsiste hoy), que integrar al indio a la civilización, había que alfabetizar, labores fundamentales que exigen decenios de tranquilidad, tal vez aquí, careciendo de ella, siglos.

Por eso muchos de la generación del Ateneo, a pesar de conocer y de sentir las justas aspiraciones populares y de profesar ideales avanzados, a veces más que los revolucionarios, no intervinimos en la fase arrasadora de la revolución, aunque luego, cuando se puso a construir, ayudamos en el límite de nuestras posibilidades.

Creo que la principal contribución de la llamada generación del Ateneo a la cultura mexicana fue su actitud de seriedad y de crítica ante el saber humano. Esta generación trajo a México un sentido agudo de responsabilidad, un espíritu libre e integral que influye, a través de las obras de sus miembros por hacer que se conozcan las realidades escuetas de nuestra patria, para reorganizarla sólidamente.

JENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR